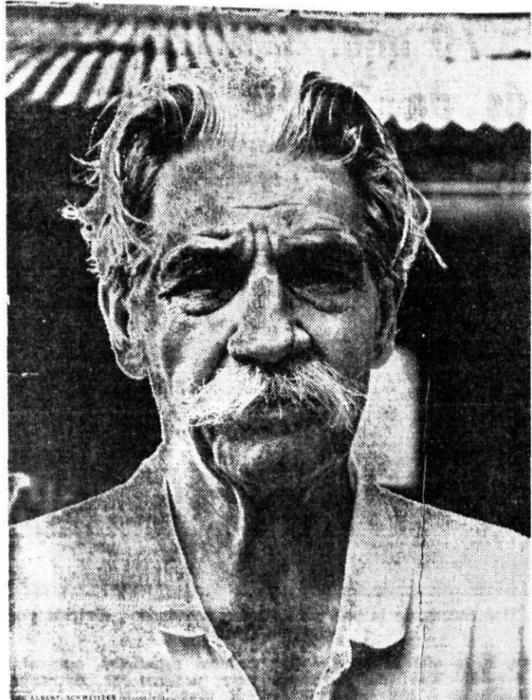


EL BUEN DR. SCHWEITZER VIVAS A CARTAGENA



EL 14 de enero pasado el doctor Albert Schweitzer ha cumplido noventa años. Cincuenta y dos de los cuales los ha pasado en África con escasas interrupciones de estancia en Europa. Fué allí por motivos profundamente humanos y religiosos y desde aquel centro de la selva africana el llamado mundo civilizado ha tenido que recibir muchas veces lecciones de humanismo y civilización, sobre todo durante los períodos de guerra en que la civilizada Europa bailó con frenesí una salvaje danza de sangre y lágrimas y el anciano médico escondía los periódicos para que una semejante carnicería no llegara a conocimiento de aquellos pobres negros cuyas feroces luchas tribales eran una verdadera nonada comparadas a las luchas de las civilizadísimas potencias. Pero un día no tuvo más remedio que admitir su vergüenza nada menos que ante un viejo antropólogo de la tribu de los panis enterado de que en Liberville habían muerto unos cuantos europeos asesinados por otros europeos.

—Ya han muerto en esta guerra diez blancos de estos contornos —exclama el antropólogo, dirigiéndose a Schweitzer—. ¿Por qué no se reúnen las tribus blancas para conferenciar? ¿Cómo podrán pagar por todos esos muertos?

El doctor no podía contestar nada. A lo sumo hubiera podido acaso decirle: «Tal vez vosotros, los antropólogos, sois mejores como hombres. Al menos, entre vosotros, los panis, es costumbre después de una guerra, reunirse vencidos y vencedores para indemnizar a la parte contraria por cada uno de los caídos en la lucha». Cada vez que llega el correo el cocinero Aloys mete su gruesa cabeza en la sala y pregunta:

—Doctor, ¿sigue todavía la guerra?

—Sí, Aloys, la guerra continúa. —Oh lá lá, oh lá lá —exclama el cocinero.

Y Schweitzer sabe cuánto les encandiliza este ejemplo de las cristianísimas naciones.

Es entonces cuando el profundo filósofo y teólogo que es este hombre se plantea el gran problema de cómo levantar una auténtica cultura humana y basada en su pensamiento en una consideración muy sencilla y evidente, pero que el hombre ha estado pisoteando a través de toda la historia: el respeto por la vida. Sobre esta simple consideración se levanta en seguida una ética básica e incommovible. Es bueno: a) conservar la vida. b) fomentar la vida. c) llevar la vida perfecta a su más alto valor. Es malo: a) destruir la vida. b) dañar la vida. c) frenar la tendencia de la vida a la perfección. Tras de largas meditaciones sobre la Escritura y sobre obras cumbres de la cultura humana o del hinduismo, hacia el que Schweitzer profesa una entera simpatía, llega a estas elementales conclusiones. Para comenzar es suficiente. Y para terminar. La historia se transformará de arriba a abajo el día que el hombre comience a guardar realmente ese respeto por la vida y a sentir horror por su destrucción. Es quizás una utopía, esto es, un largo proceso de maduración humana y de confianza en el hombre. Es probablemente lo que llaman a idealismo todos aquellos que ya han envejecido prematuramente, ocn la peor vejez, que es la del escepticismo y la de los realismos que desprecian al hombre y proclaman cada día que éste necesita solamente de la fuerza bruta como un potrillo eternamente indomable.

Y por supuesto que estos despreciadores del hombre parecen tener razón más de una vez. Todos los días nos traen la amarga prueba de las confianzas de-

fraudadas, los idealismos vencidos, el fracaso de las más generosas empresas. Pero nada de esto puede menguar un verdadero amor y una verdadera confianza en los hombres. Schweitzer, que un día llegó a ser el idolo de Alemania, pasó por el calvario de ser tenido como un ser despreciable y repulsivo para esas mismas gentes que lo adoraban cuando desde su clínica africana gritó luego contra la bomba atómica con todas sus fuerzas, pero ahora son los mismos políticos que se enfrentaron a él los que están reconociendo que el respeto a la vida del enemigo es también la más sabia de las máximas políticas y el empleo de ese arma atómica un sencillo crimen y una locura que nada puede justificar.

Otro día quizás los salvajes africanos se coman a este anciano que ha dado su vida por ellos. No tiene importancia. El doctor Schweitzer ya lo tiene previsto y hasta ha compuesto su propio epitafio para el caso:

«Nos hemos comido al doctor Alberto Schweitzer y hasta muerto era bueno.»

Esta lección de bondad, de confianza y de amor al hombre y a la vida que es el viejo médico y pastor alsaciano es una de las cosas más confortantes de nuestro mundo. Y por cierto responde de antemano a todas las realidades más sangrientas y sugestivas y hasta a las teorías más angustiosas y derrotistas sobre la esencia humana. Por ejemplo, las teorías sartrianas sobre el esencial fracaso que sería el hombre abocado al absurdo y a la muerte.

Se me olvidaba añadir que Jean Paul Sartre es sobrino-nieto de Albert Schweitzer. Una circunstancia curiosa por lo menos.

JOSE JIMENEZ LOZANO

LARRA, en sus artículos, nos ha dejado la mejor crónica de la España de su tiempo. Espíritu observador y de fina sensibilidad, Figaro supo fustigar con su desenvuelta pluma esos males que aquejaban a nuestro país, lo que no impedía que su patriotismo, libre de retóricas sospechas, se sublevara ante tanto petimetre que, como ahora, se dedicaba a expresar su desprecio por "las cosas de España", acumulando inectivas contra su país de origen, en tanto que alababa sin tino el progreso de otros pueblos. "En este país", uno de sus más penetrantes trabajos, Larra desenmascara a tanto imbécil denigratorio, a tanto elegante que vestía a la moda de Londres y ahueca la voz al referirse a "la France". Ello, por tanto, no puede hacer del gran maestro de periodistas una figura sospechosa, un resentido, como se dice aho-

ra. Sus críticas de la sociedad en que vivía, están inspiradas en un sentimiento de amor, un amor amargo, si se quiere, pero no menos cabal por ello.

Jamás veremos en Larra la fácil concesión a los demás, aspecto del que tanto podríamos aprender nosotros. Porque el patriotismo sonoro es siempre halagador. Los escritores de la generación del noventa y ocho, tan directamente vinculados a Larra, supieron sacudirse ese tanto patriotismo de los sofismas, de los alegatos, de lo distinto, término, este último, más importante de lo que parece.

Los vivos a Cartagena, expresión que ha venido simbolizando la demagogia patrioter, adquieran muchas veces una sutileza rayana en metafísicas sofisticadas que no ayudan a la comprensión de los problemas nacionales y, que por ende, crean en el hombre ibérico una suerte de orgullo fatalista y "distinto", no siempre muy claro. El sentimiento del honor, el del ascetismo de los españoles, el de su sobriedad y mesura, el amor a sus costumbres, son todos ellos temas que han motivado una copiosa literatura, muchas veces de gran calidad y otras con menos quilates, como ocurre siempre.

Lo que ya no es aceptable es hacer metafísicas en torno a pasados, proponiendo castizamente futuros orgullosos y originales, como en el tema del sentimiento de la pobreza de los españoles, por poner un ejemplo. Decir que el español desprecia el dinero, hablar de los hidalgos y los lazarillos que vivían pendientes del triste honor de parecer recién comidos, con el estómago vacío, es interpretación histórica, y hasta aquí podemos aceptarlo. Predicar una mística de porvenir, alentando atávicos sentimientos, ya no es aceptable.

Decir que España es diferente, puede ser materia opinable. Comparar con Europa y el mundo, haciendo exaltaciones espirituales, también puede ser un enorme camelo. Hay determinantes patrióticos que hicieron crisis hace muchos años. Cada pueblo mantiene idiosincrasias rotundas, virtudes y defectos propios de su raíz histórica. Las viejas naciones, como España, conservan características y un talento original, de ello no hay duda. Pero el sentido de la tradición, la siempre complicada conjuga-

ción de lo dinámico y lo estático, puede llevarnos, de no saberse limpiamente los lindes de ambas fronteras, a tristes eventualidades.

El amor a la nación que le vio a uno nacer, no debe excluir, como ocurría con Larra, un sentimiento crítico razonado. El papantismo de quienes creen cosas tan peregrinas como las de que en Suecia, valga al caso, existe una relajación moral absoluta, o que la mujer francesa es forzosamente frívola, o que en los Estados Unidos mandan los «gangsters» es asombroso. Mucho más asombroso es establecer comparaciones lamentables. Hablar de los materialismos de otros pueblos alegremente, es también peligroso. Rechazar otras culturas, en tanto se aceptan sus automóviles, sus películas y sus manufacturas, revela un sentido especioso a ultranza.

No se trata, tampoco, de invertir los papantismos, de admirar lo extraño, suponiendo que lo mismo haya de ser forzosamente mejor que lo nativo. Es un problema de razonamiento lógico. Y la exaltación de algunas admirables virtudes que aún subyacen en el hombre español puede ser un signo evidente del mejor patriotismo, siempre que este patriotismo se manifieste constructivamente. Utilizar algunas virtudes del peninsular, en nombre del espíritu, en tanto se anquilosa el desarrollo y los lógicos acercamientos a los países con un mejor nivel de vida, puede ser maniobra capciosa. Decir del español que desprecia las comodidades temporales, exaltando su personalidad granítica, a veces es una estafa. Ni el español, afortunadamente, quiere estar a la altura histórica de aquellos hidalgos, precisamente productos de la decadencia nacional, ni, por otra parte, su estoicismo es tan ejemplar.

Hay que llegar, como sea, a conseguir para nuestras gentes niveles de vida, de trabajo, de ocio y de pasatiempos a una altura similar al resto de los pueblos civilizados. ¿Que muchas cosas de los países supercivilizados no nos interesan? De acuerdo siempre. ¿Que se corre peligro de dejar en el camino de la historia, parte de nuestra personalidad? Siempre será preferible correr este riesgo al de que, por evitarlo, cerremos el camino al progreso. El hidalgo del Lazarillo eructaba ruidosamente ante los caballeros de su amistad. No eructemos esa triste vanidad de pueblo elegido ante los demás, en primer lugar porque así ya no se engaña a nadie.

MIGUEL ANGEL PASTOR

NECESIDAD DE LA ENCUESTA PUBLICA

ESTAMOS acostumbrados a leer resultados de encuestas que nos sumen en la perplejidad. La encuesta, actividad estadística que ahora empieza a prodigarse en España, es una función importante, no sólo en la relación entre administradores y administrados, sino como órgano palpitante de las preferencias, de los deseos y los caminos que eligen las mayorías. En lugar de la encuesta, que a veces puede ofrecer respuestas no muy agradables para las intenciones de los encuestadores, se viene sirviendo una cortina publicitaria de todos los tamaños. El encuestamiento de la opinión pública, tanto por parte de las sociedades privadas que hacen un uso ilimitado de las campañas propagandísticas, como por parte de otros centros de carácter local, regional o nacional presenta siempre una visión unilateral de las perspectivas. El convencimiento no llega por medio del diálogo, lo que generalmente señala un vicioso círculo y no pocas deficiencias de estructuración futura.

No podemos entender la encuesta como algo limitado, puesto que nos encontramos con sorpresas, como una que nos ha saludado recientemente, a la vista de un pequeño estudio de este tipo referido a presupuestos familiares. En el mismo se decía, entre otras cosas, que el 95 por ciento de las amas de casa encuestadas hacen presupuesto con el fin de que a final de mes no haya «sorpresas». Y más adelante, se citan a otras amas de casa que a comienzos de mes reciben una cantidad de dinero, que van gastando según conviene, y cuando se las termina piden más.

Cualquier estudio de este orden deberá siempre resultar decepcionador. La gran ventaja de los «Gallup» internacionales es su excepcional preparación, su estudio desmenuzado, hecho por científicos especialistas, al objeto de que la materia origen de la encuesta adquiera, en la opinión de las multitudes, toda su dimensión.

¿Quién no recuerda el informe Kinsey, sobre la moralidad en los Estados Unidos? Los que dedicamos nuestra atención a temas de la actualidad social y

económica vemos entorpecidos nuestros esfuerzos por una penuria de estadísticas fidedignas, capaces de suministrar el dato revelador, los aspectos inéditos que —a veces intuitivos— carecen de una base científica de sustentación.

La encuesta no ha adquirido en España el desarrollo que en otros pueblos presenta. Y hay multitud de aspectos que merecen un examen por los institutos de la opinión pública. Algo en este sentido indicaba la nota oficial del mes de noviembre, relativa a la consulta popular en materia de precios para los artículos de la alimentación. Cuando se producen efectos tan neurálgicos, como la elevación de los precios, urge siempre conocer la opinión del consumidor, último eslabón de la producción y el más importante, protagonista pasivo que bien merece hacer oír su voz en ese conjunto que desdeña su punto de vista y le condena a pagar, sin otra salida.

La vida social de «los pueblos ofrece urgentes ocasiones para el ejercicio de la encuesta, esa actividad tan poco practicada en España y que tanto se necesita».

FERNANDO MENDY

Las paradojas del capital

ES bien cierto que los países desarrollados deben su bienestar a una minoría que, con espíritu de iniciativa y exponiendo sus ahorros, supo crear unas fuentes de riqueza que se convirtieron, más tarde, en la base de la moderna industria. Pero no es menos cierto que tal acción hubiera quedado sin efecto si, paralelamente, una gran mayoría no soportara el sacrificio de dejarse explotar en penosas

condiciones. Sería injusto el admitir que, al aventurar su dinero, el empresario arriesga una cómoda situación social que de momento le permitía vivir sin preocupaciones; pero, como contrapartida, debe recordarse que no fué precisamente al obrero a quien le tocó el trozo más dulce del pastel. A unas agotadoras jornadas laborales, que fluctúan entre las doce y las quince horas, había que añadir las malas condiciones materiales en las que desempeñaba su trabajo; así como la baja remuneración que no alcanzaba a cubrir las más precarias necesidades.

Por otra parte los ahorros de las clases privilegiadas no acudieron al concierto productivo de un modo espontáneo. Tras esa intrepidez y esa generosidad con que nos suelen presentar su gesto, existían razones que nada tienen de común con el altruismo, como justamente ha señalado T. Asthon en su "Revolución industrial": "Los historiadores no subrayan jamás con bastante fuerza la importancia de la disminución del interés durante el medio siglo que precedió a la revolución industrial. Si quisiéramos encontrar —lo que sería un error— una razón única para la aceleración del desarrollo económico hacia la mitad del siglo XVIII, deberíamos pensar seguramente en ésta. Las minas profundas, los canales bien construidos, y las casas confortables de la revolución industrial, todo ello surgió de un capital relativamente despreciado".

Y si bien en un principio se podría llegar a afirmar que ambos colaboraron a partes iguales en conseguir la máxima prosperidad de la empresa, no se puede asegurar lo mismo en las siguientes etapas del proceso. Se dice que todo trabajo engendra riqueza, y este axioma económico se manifiesta con tal evidencia que ante el viejo aforismo de anteponer la inversión a la creación de nuevos puestos de trabajo, se le refuta actualmente en sentido opuesto, es decir que es el empleo, el trabajo, quien precede y crea la inversión. Por lo tanto aquellos hombres produjeron una riqueza que no volvió a ellos más que en una pequeña proporción, viniendo el resto a engrosar los sucesivos ciclos productivos.

Desde este momento la aportación que realizó cada una de las partes fué de una desproporción manifiesta. El empresario mantenía su inversión inicial y hasta es posible que la fuera incrementando con las corres-

pondientes plusvalías. Pero el trabajador, que en un principio no aportó bien tangible alguno, poseía luego los obtenidos por su esfuerzo y de los cuales no le fué devueltas más que una insignificante parte, por medio de los denominados "sueldos de hambre"; teniendo por otra parte, además, la prestación continuada de su trabajo.

Fué, por tanto, la baja remuneración de la mano de obra la que permitió en la época del maquinismo la rápida promoción de los grandes centros industriales. Fué gracias a la penuria de los más, como se enriquecieron los menos. Aunque todo ello, claro está, se hizo de un modo legal y en nombre del tan ponderado liberalismo económico. Y la libertad, más aún la económica, tiene sus leyes. Leyes irreversibles, leyes autónomas que conforman ajenas al individuo y conforme a las circunstancias. Pero también es cierto que las circunstancias, en la mayoría de los casos, no son tan ajenas al individuo.

Lo que ocurrió hace dos siglos se sigue repitiendo en nuestros días, no obstante la intervención cada vez más decidida en la economía por parte de los gobiernos. Sólo hay que abrir un poco los ojos para percatarse de estas torpes maniobras. He aquí dos muestras: En 1958 se provocó en Alemania el rumor de una presunta invasión por el Este con el fin de ahuyentar el exceso de capitales que amenazaba con sofocar la economía de aquel país. ¿Y qué pensar de esos países que, no obstante su boyante progreso, mantienen un contingente permanente de parados —producto generalmente de la inmigración— con el fin de evitar el pleno empleo y la consiguiente tensión salarial?

¿ESGUINCES? ¿TORCEDURAS?



PARCHES SOR VIRGINIA

EL REMEDIO QUE ACTUA POR LA CALLE

Contra resfriados, dolor de riñones...

de venta en farmacias LABORATORIOS UNITEK S.A.

La participación en el trabajo presupone la participación en el progreso. Nadie acepta una obligación, si al mismo tiempo no se le acredita un derecho. Y la alienación, el odio o la desesperación, están detrás de la puerta misma de ese desequilibrio.

GUILLERMO DIEZ

EL CABALLO DE TROYA

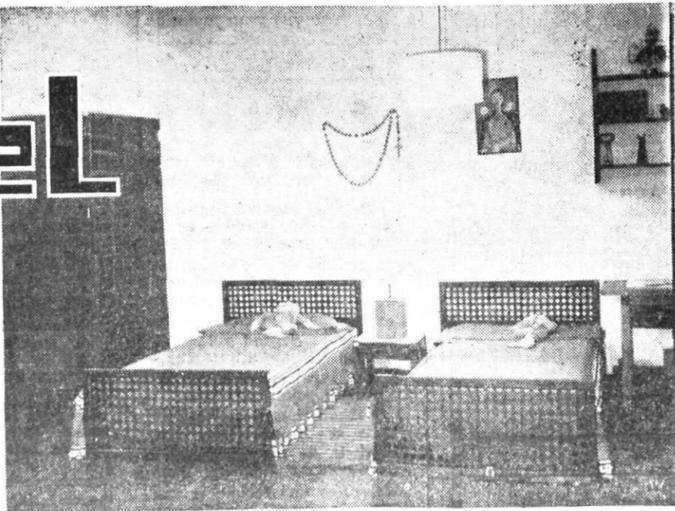
TUCASA

mueble exclusivo de

mobel

¡DECORADORES! ¡ARQUITECTOS!

El mueble TUCASA ofrece grandes ventajas y una calidad internacional.



toda una gama a su disposición en MOBEL Mantería, 37

AUMENTAN EN ITALIA LOS GASTOS DE PUBLICIDAD

MILAN.—Los gastos de publicidad en Italia durante 1963 fueron de 248.250 millones de liras, según datos proporcionados por el Instituto de Relaciones Públicas de Milán. Respecto a 1962, este gasto resulta aumentado en un 9,97 por 100. Acerca de los distintos capítulos se dan los siguientes datos:

Prensa, 75.000 millones; carteles, 9.200 millones; cine, 12.600 millones; radio, 13.000 millones; televisión, 18.500 millones; publicidad directa, 13.500 millones; Ferias, exposiciones, etc., 44.500 millones; escaparates y puntos de venta, 11.000 millones; campañas de promoción de ventas, 40.000 millones; catálogos, anuarios, programas, etc., 1.800 millones; investigación publicitaria, 250 millones; varios, 3.500 millones; gastos generales, 5.400 millones.